



Universidad de Chile
Facultad de filosofía y humanidades
Departamento de literatura

**La escritura de la enfermedad como espacio de resistencia
frente al poder institucional en dos obras de Lina Meruane:
Fruta podrida (2012) y *Sistema nervioso* (2018)**

Informe final de seminario para optar al grado de Licenciada en lengua y
literatura hispánica.

Alumna: Loreto Carrasco Acosta
Profesora guía: Alejandra Bottinelli

Santiago, Chile
Diciembre 2019

Índice

1. Introducción.....	2
2. Marco teórico: cuerpo, enfermedad e instituciones	5
2.1. Hegemonía institucional: dominio sobre el cuerpo	6
2.2. Escribir la enfermedad	10
2.3. Formas de subversión	12
3. <i>Fruta Podrida</i> : el cuerpo contra sí mismo, la enfermedad contra el sistema	14
3.1. Los planos de las jerarquías sociales	15
3.2. Institución médica y dominio sobre los cuerpos	20
3.3. La escritura como espacio de resistencia: escribir la enfermedad	24
4. <i>Sistema nervioso</i> : el colapso de sistemas a través del cuerpo y la escritura	30
4.1. El enfermizo deseo de enfermar	32
4.2. Formas de violencia en la presión por el éxito y la obsesión por la salud ...	35
4.3. La escritura enferma como espacio de denuncia	38
5. Conclusiones.....	42
6. Bibliografía.....	44

1. Introducción

El cuerpo no sólo nos contiene, sino que es el que recibe todos los estímulos externos y el que transmite nuestras respuestas. Más allá de si se tiene o no una idea fija de qué es lo que nos *hace* humanos conscientes y pensantes, no se puede ignorar que, finalmente, lo que nos hace posibles, lo que nos permite sentir y experimentar este mundo, es el cuerpo. Para David Le Breton el cuerpo es algo más que sólo la existencia física que conocemos, se trataría de nuestra fuente identitaria, de aquello que *somos* y presentamos frente al mundo, y de una “materia inagotable de prácticas sociales” (18), o sea, toda la sensibilidad que nos permite conocer el mundo. La experiencia sensible del cuerpo permite que aprendamos y comprendamos a través de convertir nuestro cuerpo en sentidos (Le Breton 50), así mismo, comenzamos a entender y procesar los afectos a través de nuestras interacciones con otros individuos.

Como el cuerpo es tan importante para nuestra forma de entender y vivir el mundo, no es extraño que sea uno de los mayores objetivos para los poderes que buscan el control sobre los individuos. Manejar la relación que toda una comunidad pueda tener con sus cuerpos a través de normas e imposiciones puestas sobre ellos, puede configurar la manera en que esta comunidad funcione. Así sucede con los cuerpos en el sistema capitalista neoliberal, ya que los vuelve objetos de producción a través de su particular manera de entender el cuerpo: mientras se celebre e inste la productividad a la vez que se castigan las anomalías e indisposiciones de cualquier tipo, los individuos anclados a este sistema seguirán relacionándose con su cuerpo a través de la autoexplotación. Para propiciar este tipo de relación es que el sistema mismo se ha encargado de poner a disposición del individuo distintos mecanismos de “mejora” que, bajo la etiqueta de ser ganancias de la productividad personal que deviene en progreso común, se encargan de la optimización del individuo y su cuerpo. La medicina misma se ha hecho parte de estos mecanismos, ya que se ha vuelto impensable que un ciudadano útil y con capacidad de ser productivo, se deje caer en la enfermedad (física o psicológica) sin buscar un tratamiento que la cure, o incluso uno que la prevenga tempranamente.

Cuando la enfermera en *Fruta podrida* dice a la ya anciana protagonista: “muy suyo será su cuerpo, pero no le pertenece” (194) crea una simple sentencia con un gran peso: negar la

autonomía sobre el cuerpo aun cuando lo concibe como un bien personal, abriendo así espacio a los poderes que lo dominan hasta en sus espacios más íntimos. Que esto lo afirme una enfermera, una mujer acostumbrada a trabajar con y sobre el cuerpo de otras personas, no es menor. Se trata, por supuesto, de una sentencia que sale desde el poder mismo, que viene desde toda una educación recibida acerca de la medicina y su alcance, de las normas sociales y médicas que se imponen sobre los cuerpos. Producción y reproducción son los mandatos mayores, y, en tanto se someta a estas disposiciones, el individuo dispondrá de ciertas garantías y libertades en la sociedad actual. No obstante, la productividad requiere de un individuo completamente sano física y mentalmente, además de ser capaz de cumplir con los requerimientos cada vez más elevados del sistema actual, y, por su parte, la reproducción en favor de crear constantemente más individuos de producción requiere de cuerpos sanos capaces de procrear.

En este contexto, la literatura se ha encargado de escribir la enfermedad, muchas veces desde una posición de resistencia y de posibilidad de reconectar con la sensibilidad que nos entregan los cuerpos. La escritora chilena Lina Meruane tiene una especial conexión con la enfermedad y ha dedicado ya varias obras a tratar el tema desde su particular escritura que juega con la experimentación y la ruptura de cánones. El interés por analizar algunas de sus obras más íntimamente ligadas al cuerpo nace desde la certeza de que en la literatura podemos encontrar espacios críticos en torno a la autonomía sobre el cuerpo y a los poderes que, con sus diversas imposiciones, intentan arrebatarla.

Siguiendo esta línea, la hipótesis que sostiene el siguiente informe es que en las dos obras de Meruane a trabajar, *Fruta podrida* (2015) y *Sistema nervioso* (2018), podemos observar cómo se representa la autoridad institucional a través de diversas acciones y personajes que intentan quitarle a las protagonistas el poder de decidir sobre su propio cuerpo y enfermedad, lo que hace surgir en ellas una constante crítica a las instituciones y una reflexión acerca de la autonomía en las decisiones sobre sus cuerpos.

A través del marco teórico que se presentará a continuación, el principal objetivo de este informe es mostrar cómo se representa en la escritura de las dos obras la tensión entre el poder institucional y la autonomía de las protagonistas.

Así mismo, se plantearán las formas de acción de la institución médica sobre los cuerpos y la enfermedad, así como los cuestionamientos que plantean las protagonistas en torno al discurso del bienestar que proporciona esta institución, se discutirá la influencia que sobre la relación cuerpo-enfermedad puedan tener la institución familiar en el núcleo más íntimo y la institución social en sus formas de organizar la comunidad a través de normas que suponen el trabajo por un bienestar común. Finalmente, se buscará identificar las críticas que las novelas ponen a todas estas instituciones y las formas de resistencia que se presentan a través del actuar de las protagonistas y de la escritura misma de las obras.

2. Marco teórico: cuerpo, enfermedad e instituciones

En una sociedad profundamente preocupada por su productividad, el sujeto enfermo es indicador de un fallo en el sistema, en la máquina de producción que este representa. Sin embargo, las decisiones que surgen a partir de la enfermedad no parecen encontrarse en el sujeto mismo, sino que diversas instituciones ejercen sobre él un poder que le arrebatara su autonomía. De todas maneras, la enfermedad suele ser representada como indeseable y es atacada por las instituciones que procuran el bienestar en favor de la productividad, quitándole el poder de decisión al individuo, que se ve obligado a sanar o a seguir un tratamiento que le permita mantenerse activo. En la literatura podemos encontrar ejemplos de cómo el enfermo, la sociedad y la medicina, generarán distintos lenguajes y significados en torno al cuerpo y la enfermedad, así como la evidencia de cómo los valores que se han asignado a lo largo de cada época también van marcando las maneras de entender, vivir y escribir el cuerpo.

La autora chilena Lina Meruane (nacimiento) ha trabajado extensamente el tema de la enfermedad, tanto en ensayos como en ficción, contando con dos novelas al respecto que serán las estudiadas en este informe: *Fruta Podrida* (2015) y *Sistema Nervioso* (2018). Cada una de estas novelas presenta una forma particular de entender la enfermedad, siendo dos las protagonistas, cada una con su propia enfermedad y relación con ella. Las protagonistas de las novelas viven su enfermedad bajo una constante tensión por el dominio de sus cuerpos y las decisiones que puedan tomar, teniendo que enfrentarse a las instituciones que buscan imponerse como autoridades sobre ellas, ya sea desde el sistema médico o desde instituciones que abarcan espacios más íntimos, como la familiar. La violencia y opresión sobre el cuerpo será respondida por cada mujer de manera diferente, con mayor o menor resistencia, pero siempre con cierta conciencia del problema de falta de autonomía en el que cae (o que se evidencia) al enfermar, elemento que también se hace presente de distintas maneras, pero que se puede observar, sobre todo, en el ejercicio de la escritura y en el juego metaliterario, como analizaremos más adelante. Tras la lectura de las dos obras de Meruane, resulta interesante un estudio en torno a las instituciones que ejercen o imponen su autoridad sobre el cuerpo y a las distintas formas que tienen las protagonistas de hacerles frente, a modo de diferentes posibilidades de lucha por hacerse con la última

palabra en lo que respecta a su enfermedad, tanto en decisiones como en la manera de relacionarse con su propio cuerpo y/o de escribir la propia enfermedad. Siguiendo esta línea temática, enfocaré la perspectiva teórica de este informe en dos ejes principales: en primer lugar, las instituciones en el sistema actual, su influencia en el cuerpo y en las formas de ver y vivir la enfermedad; y, en segundo lugar, las relaciones que cuerpo y enfermedad puedan tener con el ejercicio de la escritura.

2.1. Hegemonía institucional: dominio sobre el cuerpo

A lo largo de las dos novelas podemos observar que se presentan con fuerza al menos tres instituciones que reclaman un dominio sobre los cuerpos. En primer lugar, la institución médica que parece ampararse en sus conocimientos científicos sobre el cuerpo para mostrarse casi incuestionable y, por lo tanto, capaz de exigir un lugar importante en la toma de decisiones sobre el cuerpo de sus pacientes. La imagen del médico pasa a ser la cara visible de esta institución, sin embargo, no serán sólo sus acciones las que se verán tensionadas en las obras, sino que también lo serán las relaciones con médicos dentro y fuera de su espacio de trabajo (por ejemplo, padres y madres en su figura familiar, diferenciada de la figura profesional en dos de las obras), el trato y la distancia generada entre médico y paciente, las jerarquías al interior de la institución (como la diferencia entre médicos y enfermeros o enfermeras, que se puede observar más claramente en *Fruta Podrida*) y el particular lenguaje utilizado en torno al cuerpo. En segundo lugar, la institución familiar, distinta en cada obra, pero con bastantes similitudes, sobre todo en la estructura básica del modelo de jerarquías, donde un mayor (María, la hermana mayor de Zoila en *Fruta Podrida*, o padre y madre en las otras dos obras) se convence a sí mismo e intenta convencer al resto de que su experiencia y su posición le autorizan para saber “lo que es mejor” para los menores, y por lo tanto, se cree en el lugar de exigir el respeto a su palabra. El entramado de la estructura familiar también variará por obra, pero en general se respetan las jerarquías etarias y la voz del “padre” como las más imponente (incluso en *Fruta Podrida*, donde él se hace presente sólo a través de las exigencias que le hace a la hija mayor), factores a los que, junto a otras manifestaciones de la institución familiar, también se resistirán las protagonistas. Por último, la institución social a gran escala: un

conjunto de convenciones y normas que estructuran la cultura y la sociedad, pero que no siempre aparece representada de forma tan personalizada como las anteriores dos mencionadas. Esta institución se muestra en las obras sobre todo en las expectativas que se posan sobre cada cuerpo, por ejemplo, las formas de entender un ser-mujer o un cuerpo-enfermo, las maneras en que se relacionan los individuos y la importancia entregada al sistema de productividad y a las personas como parte necesaria del engranaje productivo.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) describe la salud como “un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”¹, por lo que ya se nos plantea la multifactorialidad que cada individuo requiere para conseguir este estado. Sin embargo, como podemos observar en la definición misma, estos factores no dependen únicamente del individuo y su cuerpo, sino que se cruzan con su habitar en el mundo y, por lo tanto, también con las situaciones sociopolíticas que lo rodean. Según la OMS, cada Estado debe preocuparse de fomentar y proteger la salud del pueblo a través de la educación y adecuadas políticas públicas. Los Estados como instancias de poder se encargarán de regular desde muchas perspectivas la población, y mientras una de ellas sea la salud, claramente esta dependerá de los objetivos que este poder quiera atribuirle y el concepto de bienestar que adopte. En el caso chileno, pero con amplitud en la sociedad occidental actual, es común encontrarse con un sistema de salud enfocado en las afecciones y enfermedades, y que se muestra deficiente en los otros aspectos que señala la organización, sobre todo en los sociales, ya que se trata de un país con altos índices de desigualdad.

Muchas veces los Estados promueven las políticas públicas que regulan las instituciones médicas y su funcionamiento con el fin de llegar a la mayor parte de la población o de cubrir mayores necesidades en cuanto al cuidado de determinadas patologías. Al enfocarse en estos aspectos dan cuenta de una sociedad profundamente preocupada por la optimización del cuerpo y no tanto del cuidado por el bienestar de los individuos. Si,

¹ Esta definición es extraída directamente del sitio web de la OMS y corresponde al Preámbulo de la Constitución de la Organización Mundial de la Salud. Desde 1948 no se ha modificado esta definición que, por lo demás, nos parece sumamente relevante considerando que viene desde una organización ampliamente reconocida en el mundo y que vela por la salud como un derecho básico humano, sin distinciones. Puede revisarse esta definición en su sitio web oficial: <https://www.who.int/es/about/who-we-are/constitution>

además, distintas estructuras de poder se encargan de demonizar la enfermedad y de procurar en la población un miedo a su aparición y la urgencia por los tratamientos, resulta lógico entender que las maneras de ver y vivir la enfermedad se encontrarán limitadas por una serie de factores que van más allá de la conciencia individual de cada persona, ya que se genera la conciencia de que el entorno es altamente influyente y que la disputa sobre el dominio y las decisiones del cuerpo se encontrará en la tensión que generan estas instituciones de poder y los individuos. En el caso de las protagonistas de ambas novelas, esta conciencia es la que comienza a poner en aprietos su relación con la enfermedad, y es desde allí que van elaborando sus propias maneras de entenderla y vivirla.

Cuando el filósofo Michel Foucault introduce el término de *biopolítica* lo hace para describir una práctica del poder disciplinario que regula la población en instancias biológicas, entre ellas, algunas particularmente relevantes para este informe como lo son la salud y la longevidad. Sea visto desde la mirada del enfermo o desde la de un individuo “sano”, la idea general que se pueda tener del cuerpo y la enfermedad estará anclada a estos discursos provenientes del poder que tienen como fin una normativización de la vida en pos de mejorar la productividad del mercado y sustentar el sistema económico vigente. Para Richard Sennett, estas formas de poder funcionan en el sistema capitalista bajo la imagen de una autoridad (como opuesta a la figura del tirano) que incita a la obediencia voluntaria de la comunidad a través de diversos mecanismos, entre los que se encuentra el de la autoridad burocrática, encargada de generar en los individuos una sensación de confianza hacia las instituciones (Sennett 55), pues así como ellas rigen, también se hacen responsables del individuo y velan por el bienestar común.

El concepto de *bienestar*, sin embargo, se debe entender bajo los preceptos del sistema dominante, y es aquí donde se busca alineación con la idea de procurar el bienestar para la productividad, o sea, lograr las condiciones óptimas para que la sociedad se replete de lo que el filósofo Byung-Chul Han denomina “sujetos de rendimiento”. Este sujeto de rendimiento será el individuo explotador de sí mismo en la sociedad neoliberal (Han 18). Este concepto de bienestar es constantemente cuestionado y problematizado en las obras de Meruane, ya que las protagonistas deben enfrentarse a distintas ideas de lo que “estar bien” o “estar sana” significa. Cada persona irá formando su propio discurso en torno a los

intereses que tiene o que ha adoptado, por ejemplo, los padres médicos de Lina en *Sangre en el Ojo*, abogarán por la salud del cuerpo y estarán a la par de un discurso apoyado en la medicina sobre lo “necesario” que es un cuerpo sano para la vida en general; mientras que María, la hermana de Zoila en *Fruta Podrida*, pensará en el valor productivo del cuerpo: el entorno de trabajo y su rol a cargo de las temporeras de la fruta, además de su propia explotación del cuerpo, la llevan a exigir a su hermana un cuerpo sano que le permita trabajar y dejar de ser una carga por su improductividad. El desinterés de Zoila por mejorar y asegurarse una vida más longeva y sana, se volverá una manera subversiva de enfrentarse a la exigencia por la productividad.

Bajo la propuesta de que el neoliberalismo, una mutación del capitalismo, irá más allá de la *biopolítica* para adoptar ahora formas *psicopolíticas*, o sea, de control a través de la psique humana y la “optimización mental” (Han 42), es que se explica que el sistema cree mecanismos que dan la ilusión de la entrega de un bienestar hacia el individuo cuando, en realidad, “la optimización personal se muestra como la *autoexplotación total*” (Han 49). Se entregan una serie de herramientas para lograr esta optimización personal, así como ciertas recompensas que refuercen positivamente el esfuerzo, de manera que el individuo se esmere en continuar por esa vía. Claramente, una de las formas de optimización personal, siempre será la ligada al cuerpo y al mantenimiento de una “vida sana” que permita, por lo tanto, cumplir con las expectativas de productividad que se han impuesto sobre cada individuo. Parece más bien una ilusión creer que tenemos capacidad de decisión sobre lo que sucede con nuestros cuerpos, sobre todo si bajo situaciones de enfermedad, siempre se nos impondrá la vida: sanar, extirpar lo dañino, reemplazar lo deteriorado y procurar la longevidad. Este discurso sobre el bienestar estará presente en ambas novelas y se presentará, con diferencias, desde las instituciones mencionadas anteriormente. Cae sobre las protagonistas el peso de su propia improductividad (o al menos así se lo hacen notar quienes las rodean), aunque las formas de enfrentarlo son totalmente distintas e incluso contrarias en algunos casos. Sin embargo, tanto la resistencia como la alienación pasan previamente por un proceso de reflexión en torno a los poderes que buscan dominar las decisiones sobre el cuerpo de las protagonistas, lo que lleva de la mano muchas críticas a las formas en que estos poderes se ejercen o reclaman, a la violencia institucional sobre el cuerpo, a la invalidación de ciertos cuerpos o individuos. La postura crítica puede

presentarse también como una forma de resistencia que acaba en una acción más activa o pasiva en cada caso, pero que sí pone sobre la mesa la cuestión de las decisiones sobre el cuerpo y la relación con la enfermedad.

2.2. Escribir la enfermedad

Hablar de enfermedad siempre implica más que la conciencia simple de una patología diagnosticada. Hablar del enfermo no es hablar sólo del cuerpo, aunque hablar del cuerpo tampoco sea algo tan ingenuo. Cuando se escribe la enfermedad, se toma mayor conciencia sobre el cuerpo mismo y la relación con los diversos factores que le afectan, pues, como señala Anne Marie Moulin en “El cuerpo frente a la medicina”, “el destino de los cuerpos avanza a partir de argumentos que son sociales, económicos y científicos” (Moulin 64), por lo que no pueden dejarse de lado las presiones que sobre el cuerpo imponga cada institución: la medicina y su tecnología que promete la optimización pero a la vez exige subyugarse ante sus conocimientos científicos, la conformación de una institución familiar con sus propias relaciones y expectativas sobre el individuo, y las normas de la institución social que a cada persona le exige algo particular en relación al cuerpo (cierto rol de género y una salud apta para la gestación son, por ejemplo, algunas de las imposiciones que hay sobre el cuerpo de la mujer).

Estas imposiciones sobre el cuerpo nos llevan a la discusión que Cándida Vivero realiza en torno al concepto de *hexis corporal* en el campo de la escritura de mujeres y la teoría feminista. La *hexis* permite entender las maneras que el sistema tiene de condicionar los cuerpos de mujeres y la experiencia que ellos puedan tener en el mundo, atravesándolos por una serie de normas sociales. Esto lleva a que las mujeres automaticen incluso su escritura (Vivero 283), considerando a la literatura como un reflejo de las imposiciones que sobre ellas son planteadas y tomando espacios que típicamente han sido asignados a las mujeres como lo son, por ejemplo, la narración desde lo privado y la utilización de medios de carácter más bien personal, como los diarios de vida o las cartas (Vivero 297), pues podrían ser considerados géneros menores o incluso descartados como literatura propiamente. A través de estos espacios, sin embargo, es que la reflexión sobre el lugar propio de las

mujeres puede desplazarse también a espacios de resistencia, allí donde “la esencia de la escritura femenina no estaría, pues, en la heredable Voz de la Madre, sino en el cuerpo resistente a la Ley del Padre” (Vivero 288). La escritura, así como la defensa de la autonomía de los cuerpos, representará siempre una subversión a los roles asignados por el sistema.

Las protagonistas de las dos obras a trabajar son mujeres y una enfermedad les aqueja, por lo que, aunque sus situaciones sociales y diagnósticos sean diferentes, de todas formas se encuentran bajo una doble subordinación frente al sistema imperante: vivir en el cuerpo-mujer y enfrentarse a las normas de un patriarcado arraigado en la sociedad, a la vez que se carga con un cuerpo enfermo al que se le exige sanar y que es considerado inferior por la falla en su capacidad productiva. Si bien las maneras de sobrellevar esta situación serán distintas en cada obra, no se puede ignorar que la escritura es ya un acto de conciencia y resistencia, en tanto su autora (mujer y con una cercana relación a la medicina y la enfermedad) abre estas puertas de entrada a la subversión con una literatura marcada por su propia resistencia a la norma, a través de lo que Nerea Oreja llamará “estrategias del desarme”, siguiendo la propuesta de Nelly Richard acerca de las narrativas de los imaginarios heridos (Oreja 100). Estas estrategias, relacionadas con la fragmentariedad del texto y sus particularidades², son utilizadas en la literatura para “explorar los baches del sentido, las opacidades de la representación” (Richard 182), aquello que queda fuera de la normatividad controlada por el discurso institucional. Cada obra presenta una subversión través de la forma de narrar: la fragmentariedad de *Sangre en el ojo*, el “cuaderno de descomposición” de Zoila y el vaivén temporal en *Sistema Nervioso* son algunas de las formas en que las novelas dan cuenta de la tensión existente, a la vez que se enfrentan ellas mismas como resistentes al modelo narrativo clásico.

Explorar estas formas narrativas de resistencia es una posibilidad que se abre, precisamente, ante aquello que escapa de lo normativo y cuya experiencia del cuerpo y del mundo está siempre en los márgenes. Precisamente eso es lo que sucede en casos de enfermedad, allí donde la sociedad ha intervenido con su propio lenguaje al respecto, creando metáforas que

² Como veremos más adelante, cada una de las novelas presenta sus propias “estrategias de desarme”, más allá de algunos elementos que pueden ser compartidos

según Susan Sontag, escritora de “La enfermedad y sus metáforas”, cumplen una función de reforzar ideas negativas contra la enfermedad misma (Sontag 73). El problema con este lenguaje metafórico de las enfermedades es que, a través de él, también se crea una imagen de la enfermedad misma que afecta directamente al enfermo, sobre todo si “la enfermedad, tan legítimamente natural como la salud, se vuelve sinónimo de lo que es «contra natura»” (Sontag 75), lo que llevaría al enfermo a una posición fuera de lo normativamente humano.

2.3. Formas de subversión

El imaginario en torno al enfermo, asociado mayormente a algo negativo, peligroso y/o violento a través del lenguaje que lo construye, puede ser algo mutable. Lina Meruane acota en su ensayo “Viajes Virales” que la propuesta de Sontag muestra al enfermo en una posición de debilidad en la que únicamente el lenguaje de la sociedad le construye y no es él capaz de construir su propio lenguaje desde la enfermedad (Meruane, *Viajes Virales* 36). Parece sumamente interesante cómo la respuesta de Meruane frente a esta problemática sea, precisamente, la creación de novelas que hablan desde la enfermedad, que se enfrentan al lenguaje y a la narrativa, pero también a las instituciones y a todo el sistema que rodea a los cuerpos imponiéndoles la salud como si la enfermedad siguiera siendo algo contra natura, algo indecible y secreto contra lo que luchar. Cada una de estas novelas revela una posibilidad de entrada distinta y una respuesta al problema de cómo se puede enfrentar, a través del cuerpo y la escritura, al dominio institucional que se ejerce sobre los cuerpos:

Fruta Podrida (2015) tiene por protagonistas a Zoila y María, la Menor y la Mayor respectivamente. Zoila tiene diabetes y se resiste constantemente al tratamiento, no quiere perder la capacidad de decidir sobre su vida, la relación con su enfermedad, y hasta sobre su propia muerte. Sin embargo, debe enfrentarse a la Mayor, una hermana cuya vida se basa en el sistema productivo y que no soporta convivir con alguien que se esmere en boicotear el bienestar³ propio y ajeno. María la obliga a someterse a tratamientos, le reprocha de forma continua el poco compromiso con su propio “bienestar”. Zoila resulta ser la más

³ Entiéndase por bienestar el que se encuentra bajo los parámetros de María: un cuerpo sano que permita un trabajo estable y la capacidad de ir superándose a sí misma al alcanzar mejoras en su productividad.

subversiva, y su relato es el que más tensiona la relación con el poder, mientras que la protagonista de *Sangre en el ojo*, Lina o Lucina, sí cede ante la institución médica al someterse a tratamientos que le permitan curar su ceguera. Sin embargo, su postura no está ni cerca de ser la de una paciente sumisa que permita que decidan por ella, muy por el contrario, Lina exige cada vez más de la medicina, a la vez que rechaza la posición de víctima/hija que la familia busca imponerle, reclamando así la autoridad que le pertenece sobre su propio cuerpo y sobre la relación con su enfermedad. En *Sistema Nervioso*, Ella⁴ desea enfermar, porque es consciente de la autoridad que representa la institución médica, y sabe que es la única que puede entregarle una excusa válida frente a otra institución, con el fin de ausentarse al trabajo para poder dedicarse por entero a la tesis doctoral. Partiendo desde esta aparente sumisión, la protagonista se mueve por el historial médico familiar, y se encuentra con las diferentes violencias y negligencias médicas, pero también con las imposiciones y expectativas de una familia conformada por padres que ejercen la medicina.

Considerando los problemas planteados, el marco y los conceptos que serán utilizados para el análisis, el siguiente informe se estructurará con un capítulo asignado a cada obra, cada uno de los cuales profundizará en la manera en que son representadas las instituciones y su dominio sobre los cuerpos y las exigencias que cada una pone sobre las protagonistas, así como las maneras de resistencia que se van demostrando en cada novela. Para este último punto, se trabajará a partir de las posturas que las mismas protagonistas demuestran tener en torno a la relación con su propio cuerpo y enfermedad y a las tensiones que se generan frente a los discursos y exigencias institucionales. De todas maneras, también se ahondará en la forma de la escritura, ya que hemos planteado que a través de esta también se puede crear y trabajar la resistencia. La voz, la fragmentariedad y la disposición textual, serán los elementos que nos permitan plantear cómo la escritura del cuerpo y la enfermedad es, al fin y al cabo, una manera activa de resistirse a los discursos hegemónicos liderados por distintas instituciones, tal como lo demuestra Lina Meruane en estas dos novelas.

⁴ En la novela, la protagonista es mencionada bajo este pronombre y nunca bajo un nombre propio (del que carecen todos los personajes) por lo que he decidido utilizar la misma nominación para referirme a ella, con el fin de facilitar la lectura.

3. *Fruta Podrida*: el cuerpo contra sí mismo, la enfermedad contra el sistema

“vendrán los tiempos en que/ también/ me descuelgue del mundo/
cubierta de hongos/ repleta de gusanos para rodar/
quién sabe por qué caminos/ tiñendo la tierra”

(Meruane, *Fruta* 33)

Publicada el 2007 pero reeditada el 2015 con correcciones, *Fruta Podrida* es una novela en la que la enfermedad no sólo es el tema central, sino que parece ser el lugar desde el que se posiciona la resistencia. La novela presenta a Zoila y María, dos hermanas que encarnan dos polos opuestos: María, la mayor, es una agroquímica especializada en eliminar las plagas de la fruta y encargada de ser portavoz de la empresa frutícola frente a las temporeras. Estos trabajos la tienen en un espiral obsesivo de orden y pulcritud que llega a ser desafiado por su hermana Zoila, una diabética obstinada en rechazar los tratamientos para su enfermedad, pues prefiere llegar a la muerte sin que la medicina haya intervenido en su cuerpo. A partir de esta distancia entre las hermanas es que se nos muestran dos posibilidades de vida: por un lado, la productividad de María, la entrega total a un sistema neoliberal que cada vez exige más de ella: más entrega al trabajo, más confianza en las instituciones, más respeto por las autoridades y más dependencia; por otro lado, Zoila, tachada de improductiva pero sin vergüenza de ello, intenta librarse de las ataduras del sistema y sueña con su libertad, pero también con liberar a otros.

Compuesta de cuatro voces diferentes en la narración, la novela nos relata cómo las hermanas juegan sus propias venganzas contra el sistema que se ha esmerado en encasillarlas, en obligarlas a ser parte de algo que no desean y que ni siquiera les sería recompensado a su agrado: Zoila presionada a vivir con tratamientos y María obligada a dar todo de sí misma para una vida de productividad. Quien cierra el relato es la protagonista del último capítulo a través del extenso monólogo interno de una enfermera que conoce bastante de cerca los problemas de la institución médica y que acaba de contarnos lo que ha pasado con los actos de venganza de la ya anciana Zoila. La enfermera parece posicionarse en un lugar opuesto al de Zoila, defiende el sistema médico y la reproducción y extensión de la vida a toda costa, pero su discurso también ayuda a esclarecer muchas de las críticas

que se le hacen a este sistema, dejando claro que las conoce pero que no le parecen válidas. De esta manera, una narración que inicia desde la vida personal de dos hermanas y sus particulares venganzas acaba por expandirse en un extenso relato acerca de cómo las vidas sumergidas en el capitalismo son explotadas y obligadas a la autoexplotación a través de diversos mecanismos, muchos de ellos paradójicamente ubicados en el área de la salud.

El progreso y los avances de la tecnología en la medicina, que muchas veces celebramos, muestran en esta novela una cara oscura que se relaciona con el dominio sobre los cuerpos y que hace surgir algunas preguntas respecto a la salud y la institución médica. ¿Es saludable querer extender nuestro tiempo de vida en favor de más años de entregarnos a la productividad? ¿Hasta dónde debemos permitir que la medicina modifique nuestros cuerpos sirviendo a exigencias impuestas socialmente? ¿Cuáles son los límites éticos que regulan el uso e inspección de los cuerpos? ¿Es la medicina una disciplina que trabaja en favor de la salud de las personas o una que trabaja en favor de las exigencias del sistema económico? No se trata de que la autora quiera dar respuesta a estas y otras tantas preguntas que pueden surgir de la lectura, pero parece interesante cómo logra ponerlas en la mesa a través de la ficción y abrirnos un amplio campo de reflexión y discusión. Propone en la escritura un mecanismo de subversión que permitiría a las narradoras (sobre todo Zoila, en este caso) hacer una autoexploración en torno a su cuerpo y enfermedad, y desde allí abrirse críticamente a las imposiciones que se hacen sobre los cuerpos. Para entrar en la discusión, comenzaremos con un análisis que nos llevará por las diferentes instituciones responsables de estas imposiciones, y cómo a través de la novela se ven problematizadas y enfrentadas por sus protagonistas.

3.1. Los planos de las jerarquías sociales

En lo que parece una inquebrantable jerarquía familiar, la orden de un padre ausente impone la obligada convivencia entre hermanas, dejando a la mayor en un cargo de cuidado sobre la menor. El Padre⁵ es mencionado en escasas ocasiones, pero de él sabemos que vive

⁵ La nominación con mayúsculas es de la autora, no se le asigna otro nombre.

en algún país del “Norte”⁶ y que es dueño de empresas de importación de fruta. Estos datos no son menores si consideramos que el Padre encarna una autoridad a nivel familiar, pero que también tiene que ver con una representación patriarcal inserta en este sistema. Por esto mismo, no resulta azaroso que resida en Estados Unidos y que desde allí se encargue del trabajo de importación de la fruta que es producida en Chile, pues el país norteamericano se presenta como el gran consumidor y, a la vez, como el gran modelo del neoliberalismo para Chile que, por mucho que intente seguirle los pasos, no deja de ser el país productor, el hijo (o hija) frente al Padre exigente. Desde su posición de poder y a la distancia, en aquel país que es gran potencia mundial, el Padre pone a la menor de las hermanas a cargo de la mayor, ya que alguien debe cuidar de su enfermedad y no será él.

Las labores de cuidado han sido históricamente relacionadas a un trabajo femenino o, por lo menos feminizado, tal como lo muestra Carolina Rojas Lasch en sus estudios al respecto. La autora utiliza el término *care* para describir de manera más amplia aquellas labores de cuidado, o sea, “aquellas formas de atención, disposición, solicitud dirigida hacia otro” (Rojas, *Afecto* 138) que pueden estar a cargo del Estado y sus organismos (por medio de trabajadoras sociales o educadoras, por ejemplo), o a niveles más personales y privados, a cargo de cuidadoras y madres de familia. El uso del femenino en las recién mencionadas profesiones no es algo aleatorio, y por supuesto que ha traído bastantes críticas desde la teoría feminista, pero precisamente lo que estudia Rojas Lasch es cómo estos trabajos han recaído sobre las mujeres avalados y perpetuados por las políticas públicas que sexualizan y feminizan ciertas organizaciones y labores al interior de las familias (Rojas, *Sexuación* 330).

María no supone un modelo prototípico de mujer cuidadora a pesar de que es el cargo que se le obliga tomar, se ha esforzado en sus estudios y trabajo para “demostrar que podía como cualquier hombre” (*Fruta* 29), lo que la hace más afín a los trabajos denominados típicamente masculinos que a los típicamente femeninos como el cuidado de los demás. La

⁶ Se puede intuir que habla de Estados Unidos cuando, más adelante, Zoila se pregunta: “Y en cuáles ciudades tendrá negocios mi Padre, en Filadelfia o en Nueva York(…)” (111). Además de eso, el país del Norte es presentado con características muy comúnmente asociadas a Estados Unidos: los avances tecnológicos, la extensa red de metro, los altísimos edificios, los taxis amarillos y la pluralidad de idiomas que confluyen allí, a pesar de que el oficial sea el inglés.

mayor de las hermanas pone por el frente el esfuerzo que ha tenido en el trabajo y deja de lado todas sus necesidades, lo que la obliga a dejar también aquellas situaciones que la feminizan en sus espacios de trabajo, como se señala en el siguiente fragmento:

“Así había ascendido peldaño a peldaño desde el primer piso hasta el segundo, dejando atrás el rumor y la fetidez del sudor y la sangre menstrual de temporeras y de supervisoras y de la nueva secretaria en práctica, para empezar a tomar decisiones ejecutivas sobre el futuro de la empresa” (*Fruta 29*)

Aquí, lo menstrual, los rumores y los trabajos llevados a cabo por mujeres en la empresa son dejados atrás por María para ascender a los trabajos ejecutivos que son propios de los hombres. No es sólo la diabetes de Zoila la que le preocupa cuando se dice “iba a tener una enfermedad metida dentro de su propia casa, la enfermedad se le había colado y no tenía manera de erradicarla” (*Fruta 29*), sino que también se trata de una especie de infección en la prolijidad de su vida: tener que luchar contra la rebeldía de la hermana, enfrentarse a la enfermedad misma, pero también tener que aceptar el cargo de cuidado, esas labores casi maternas que el trabajo “masculino” le obligaba a desechar. Es por esto por lo que debate consigo misma respecto a las responsabilidades que tomó al aceptar el cuidado de Zoila. Se pregunta “en qué momento acepté hacerme cargo. En qué momento, qué desgracia”. (*Fruta 15*), pero sabemos que es la estructura familiar jerárquica la que la ha llevado a ser sumisa frente a la imposición de volverse cuidadora de la hermana, pues el Padre representa a la autoridad y María sí sigue estas estructuras. Aunque no parezca que se encuentre a gusto con esta labor impuesta, no se rehúsa, ya que sabe que en su postura de hermana mayor debe tomar ciertas responsabilidades que están asociadas a los roles de género asignados en el sistema patriarcal: no era el Padre el encargado de la enferma porque no es el hombre el que se encarga de los trabajos de cuidado, sino que los deriva en la mujer.

Precisamente son los cuidados que debe tener con Zoila los que la llevan a buscar los mejores tratamientos y asumir los costos de estos a través de otro tipo de autoexplotación laboral: para cubrir los gastos médicos, María entrega su cuerpo a la medicina, pariendo criaturas que irán a parar a laboratorios de investigación y trasplante. Sobre las implicancias que tiene esta explotación del cuerpo hablaremos más adelante, pero por ahora es interesante recalcar que el trabajo al que se somete es un trabajo exclusivo de las mujeres,

pues son quienes pueden gestar, y que implica tener resguardos para con el cuerpo y sus ciclos, cosas que María había optado por dejar de lado cuando decidió esforzarse por ser tratada como igual a los hombres. Si bien se toma los embarazos con la misma disciplina con la que toma su trabajo habitual, no resulta menor este sometimiento del cuerpo femenino frente a la desigualdad.

Las jerarquías funcionan en las sociedades a distintos niveles, por lo que, si el más básico podría ser la estructura familiar que ya hemos presentado, con sus problemas de género y de imposiciones sociales, y a gran escala tenemos la supremacía de un país por sobre el otro, no podemos olvidar que entremedio ocurren muchas otras interacciones mediadas por un ordenamiento social que se ve representado en la novela de Meruane. Zoila deja claro que María, su hermana, deja de serlo cuando se ocupa del trabajo, se convierte en esa otra ajena a lo personal que es “la Mayor”:

“Deja de ser mi hermana. La que empuña un manajo de llaves este martes, la que entra por las puertas enrejadas del Galpón llevando su cuerpo a cuestras, la que sube lentamente los escalones hacia su oficina y baja un poco las persianas es otra, es la Mayor, la de gesto eficiente junto a la ventana” (*Fruta* 40)

Este nombre no se lo gana sólo por ser la mayor de las hermanas, si bien hay un juego de oposición con Zoila, la Menor. Se trata sobre todo de una actitud de responsabilidad y autoridad que María adopta: deja de ser la hermana para ser la especialista que tiene una oficina en el Galpón⁷. Desde este lugar, la Mayor debe enfrentarse a diferentes dificultades laborales, una de ellas es la de obedecer a sus superiores para calmar la huelga de las temporeras, representadas como el escalafón más bajo en estos rangos de trabajo. Se ve expuesta la sumisión de María ante sus superiores cuando se describen las exigencias de las trabajadoras debido a las precarias condiciones en las que se encontraban y que, al parecer, algunos problemas compartían con ella, ya que “las temporeras pedían mejoras **que ni siquiera ella se había atrevido a solicitar**: el pago de horas extraordinarias y el aumento de sueldos acorde con las ganancias de la exportadora”⁸ (*Fruta* 105).

La manera que María tiene de quebrar la huelga es negociar individualmente con las trabajadoras y atender primero sus necesidades personales más inmediatas antes que

⁷ Este es el nombre que se le da al lugar de la empresa frutícola en el que trabaja María.

⁸ El énfasis es mío.

responder a las demandas sindicales, que velaban por mejoras más costosas y a más largo plazo. Además, el mecanismo utilizado por la Mayor, le absuelve de firmar compromisos y, en cambio, hace pequeñas promesas de las que no se sabe si serán todas cumplidas. Considerando que la realidad de las temporeras de la fruta solía ser el de mujeres *dueñas de casa*, de familias pobres y condiciones precarias de trabajo, María sabía que debía atender a aquello que les preocupara en lo inmediato, pues todas tenían necesidades inmediatas. Como se trataba de mujeres, se negoció con lo que faltaba en el hogar y para el cuidado de los niños, no de manera permanente, sino que en ese momento preciso.

Continuando con el plano de las jerarquías sociales, hay que evaluar cómo la situación de las temporeras es, desde muchos planos, una muestra de la desigualdad. Las mujeres que llegan a trabajar allí lo hacen por necesidad, porque no han tenido el mismo acceso a la educación y/o a mejores puestos de trabajo, ya sea por sus condiciones económicas, por la expresión de un sistema machista que relega a las mujeres a trabajos del hogar, o por una combinación de variables. Cuando el Enfermero declara “cómo no va a ser mejor tener un sueldo de hambre que no tenerlo; cómo no va a ser preferible ser la absoluta jefa del hogar” (*Fruta* 105) demuestra la poca empatía que poseen él y todo un sistema económico y social que ha llevado a las temporeras a aquella situación. En una sociedad profundamente capitalizada y que las ha dejado al final de todo escalafón social, sí parece mejor tener “un sueldo de hambre” a nada, parece más fácil entregar el cuerpo a la producción y reproducción explotadora para lograr un sueldo acorde a las necesidades.

Aunque se ha presentado a Zoila como el personaje más subversivo, la primera venganza en la obra es la de María. Cansada de los abusos del sistema productivo y sus jerarquías, la Mayor envenena con cianuro las manzanas de exportación, lo que genera un gran caos en la empresa. Desde su puesto mínimo de trabajo, desde el lugar en el que la han dejado sin recompensarle justamente el esfuerzo que ha hecho siempre por la empresa frutícola, María comete esta pequeña acción de envenenamiento y hace balancearse partes del sistema económico y productivo, ya que la fruta de exportación es uno de los grandes ingresos del país. De esta manera, se relata el fuerte golpe que ha significado este acto de venganza:

“las acciones de la fruta se derrumban en la Bolsa los políticos se apuntan unos a otros con el índice levantado y tieso, entornan los ojos, cuchichean ya sin

voz: especulan sobre una treta comunista, un ataque extremista, un insidioso boicot originado en el proteccionismo capitalista” (*Fruta* 121)

Gracias a María, y aunque no parecía estar segura de que fuera a lograr tal alcance, la novela relata las debilidades del sistema productivo, y cómo basta con una fruta podrida, o toda una producción de frutas envenenadas por una mujer perteneciente a uno de los bajos escalafones de la escala social, para hacerlo tambalear tan significativamente. Esto significa que el sistema de producción no es inquebrantable y que depende absolutamente de sus trabajadores, de cada pieza del engranaje por más mal pagadas que sean sus labores, pero que es precisamente por esta razón por la que se les hace creer que son ellos quienes necesitan del trabajo incluso si es por un “sueldo de hambre”, evitando los levantamientos sociales o negociándolos como lo ha hecho María. Al conocer la forma de negociar de la empresa, ya que ha sido ella la encargada, es justamente María la persona idónea para entender de manera crítica el actuar de la empresa y reaccionar en venganza.

3.2. Institución médica y dominio sobre los cuerpos

Byung-Chul Han señala que la sociedad de control del sistema neoliberal en el que estamos inmersos “hace del cuerpo una máquina de producción” (36), pues intenta constantemente hacer “mejoras” en el rendimiento y someter los cuerpos a normativas que se encarguen de exigir cada vez más de ellos. Negarse a convertir nuestros cuerpos en máquinas de producción no parece una idea muy fácil de llevar a cabo, ya que precisamente se crean redes humanas que acaban presionando al sujeto a cumplir con las expectativas que de él genera el sistema: este es el papel importante de la institución social como medio de control, la creación de normas y exigencias para ser parte de la comunidad y no sentirse rechazado por los otros o por uno mismo, que es lo que finalmente se consigue al hacer que el sujeto se sienta inútil en una sociedad constantemente productiva.

Un juego interesante con esta idea es el que Lina Meruane deja ver a través de las dos hermanas protagonistas: mientras Zoila sí lucha por su autonomía y decisiones, María se somete cada vez más y su cuerpo se convierte en una real máquina, enfrentándose no sólo a condiciones explotadoras de trabajo, sino que entregando su propio cuerpo a la producción al pactar un acuerdo con el director del hospital para ser una especie de vientre de alquiler

que sólo se encarga de gestar cuerpos que serán usados para una red de investigación científica, obtención de células madre y trasplantes. Es Zoila quien evidencia esta distancia que se forma entre hermanas al señalar:

“Mi hermana y yo vivimos en trincheras opuestas de este campo de infinita producción y reproducción. Ella concentra sus esfuerzos en el plan aéreo contra la peste; yo intento boicotearla. Industriosamente ella siembra, fertiliza, cosecha, pare y negocia; yo me planteo cómo desarticular su proyecto” (*Fruta* 82)

Zoila siempre acaba identificándose con la peste, se hace una con su enfermedad y es consciente de que esto la deja fuera del sistema productivo, de alguna manera es lo que busca a través de su resistencia. El destino de los recién nacidos le preocupa y le repugna, entiende que son criaturas que han nacido para que sus cuerpos sean utilizados en favor de la productividad, ya que finalmente eso es lo que las investigaciones en torno a los trasplantes y células madre están buscando: si el humano ya está presionado a dar lo máximo de sí mismo y cumple en sus posibilidades mentales, tiene que poder cumplir también en sus posibilidades físicas, y lo que ofrece un trasplante es optimizar al máximo el cuerpo, reemplazando aquello que ya no es tan útil por algo más nuevo que permita extender la “vida útil” del cuerpo.

Anne Marie Moulin señala en el primer capítulo de *Historia del cuerpo III* que el cultivo de células madre es una técnica que comienza a utilizarse cuando el trasplante no es opción (65), de manera que en vez de extirpar y reemplazar el órgano que es lo que hace el trasplante, a riesgo de generar un rechazo por el cuerpo receptor, este cultivo de células madre embrionarias permitiría la reconstrucción de los tejidos desde el cuerpo mismo (Moulin 65). Sin embargo, esta práctica continúa implicando el uso de cuerpos donantes y la intervención en los cuerpos considerados *enfermos* o *dañados*. Como rechazo a esta posibilidad, Zoila declara: “No aceptaré esa transacción de células vivas por mis células muertas” (*Fruta* 97), reafirmando su postura frente a la intervención de los cuerpos y al derecho de vivir y morir en un cuerpo enfermo en vez de entregarlo a la productividad que el sistema y la sociedad le exigen.

¿Cuáles son los límites de las mejoras y renovación de los cuerpos que logra la medicina? La mortalidad humana es el más marcado límite hasta el momento, sin embargo, es también

el que más se ha trabajado, ya que con los avances de la tecnología se ha logrado extender la esperanza de vida, alejando aquel límite. Precisamente este es otro de los cuestionamientos a los que se enfrenta Zoila, pues, tal como señala Byung-Chul Han, esta sociedad es controlada por un poder disciplinario que, a fin de cuentas, “es un poder de vida cuya función no es matar, sino la imposición completa de la vida” (Han 35). Esta imposición es peligrosa, ya que no sólo obligaría a tener una vida productiva, sino que a extender nuestra productividad lo máximo posible, alargando también nuestros años de vida.

Imponer la vida desde este poder disciplinario, entonces, tiene una serie de factores controversiales, ya que se dispone como un poder que no mata, o sea, se entiende como uno que no castiga físicamente ni que explota al punto de **causar** la muerte, no se preocupa realmente de mejorar la vida en favor de una experiencia más agradable para los individuos, sino que de alejar la muerte de manera que un cuerpo/individuo pueda extender su durabilidad. De esta forma, la medicina se encarga de buscar las maneras de promover la longevidad y de conseguirla, sin ponerle un punto de tope a este objetivo. César Zamorano, en su artículo “Capitalismo y producción de subjetividad en *Mano de obra y Fruta podrida*”, recalca sobre esto que, en la obra de Meruane,

“La inmortalidad, o por lo menos, el imparable devenir de los sujetos y los productos se constituyen en la meta de la ciencia médica. El cuerpo se convierte en el campo de batalla donde deben lidiar las fuerzas sociales que realizan todo tipo de artificios para ahuyentar la muerte.” (34)

La preocupación por la inmortalidad en la obra está ligada a la productividad en su eje económico, lo que para Zamorano se representa metafóricamente a través de la recurrente imagen de la fruta (34). Se intentaría reproducir, perfeccionar y eliminar las plagas de los cuerpos de la misma manera en que se hace con la fruta, logrando productos perfectamente controlados y de extensa duración.

En el monólogo final, la enfermera le señala a Zoila, a propósito de los avances de la medicina en la longevidad humana, que “la muerte se está volviendo un arcaísmo en el diccionario” (Meruane, *Fruta* 184) ya que se aleja cada vez más de la experiencia humana. Esta declaración nos recuerda al inicio de la obra, cuando el Médico que revisaba la

situación de Zoila, responde a las preocupaciones de María diciendo: “Su hermana a medias, ¿morirse?, (...) morirse nadie. Sobre mi cadáver se morirá alguien en este hospital. Para qué cree que estamos trayendo tanto aparato, tanta tecnología importada contra la muerte” (*Fruta* 24). Para Zoila la muerte no es algo que se deba evitar, y en general demuestra su rechazo por la excesiva intervención médica, por esto es la primera en advertir y rechazar moralmente la industrialización de los cuerpos. Además, hace notoria su preocupación por el poco respeto a la privacidad y las decisiones personales que involucra el exceso de intervención médica al señalar “mi orina no miente como miento yo” (63) cuando se ve obligada a entregar muestras de orina que revelarían su poco ajuste al tratamiento. Zoila se desdobra entre la paciente (“esa otra que soy yo, esa otra llamada Z.E.C.” (63), la de las iniciales en los frascos de orina y los expedientes médicos) que rinde cuentas al permitir que se analicen sus muestras, al entregarlas con obediencia, y la Zoila que resiste al tratamiento, la que rechaza lo que le imponen a pesar de los resultados de sus muestras médicas porque no está de acuerdo con la regulación sobre los cuerpos del sistema médico.

Mientras que la venganza de María fue contra el sistema económico y social que actuaba injustamente con ella a pesar de ser parte importante de la cadena productiva, la venganza de Zoila será contra la institución médica y su infinita imposición de la vida. Pone como objetivo el Gran Hospital al que llegarían los recién nacidos (de su hermana, las temporeras y quizás cuántas otras mujeres) con los que traficaba el Médico, por lo que debe trasladarse hacia el Norte, a alguna ciudad de Estados Unidos⁹, un país que, como ya hemos señalado antes, es el eje principal del entramado capitalista de productividad y economía. Mientras que su hermana actúa desde su posición de agroquímica en la empresa, Zoila aprovecha el anonimato que le entrega una vida sin trabajo ni obligaciones sociales o familiares para llegar al país del Norte y meterse al Gran Hospital. Además, hace uso de los conocimientos médicos que la vida de enferma le ha dado, para comenzar a “liberar” a los pequeños con los que se estaría traficando. Tal como al actuar de María, a la venganza de Zoila la han

⁹ No se señala de manera explícita, pero tal como se ha mencionado en la nota anterior acerca de Estados Unidos, es presumible que se trate de la ciudad de Nueva York por las características mencionadas. Cabe destacar que un apodo común para esta ciudad es “la Gran Manzana”, lo que permitiría un juego de relaciones en torno a la superioridad del Norte que se ha mostrado a través de la metáfora de la fruta en la novela.

tildado de terrorista, como señala el monólogo de la enfermera al final de la obra. De hecho, es este monólogo el que explica un poco más acerca del actuar de Zoila y del funcionamiento general del Gran Hospital.

La enfermera en su monólogo relata cómo la institución médica funciona bajo parámetros económicos y no siempre por la voluntad y/o cuidado de los pacientes, ya que señala que el atentado provocó una reducción de recursos, por lo que las enfermeras se vieron obligadas a “dar de baja” a pacientes terminales y crónicos, en general, todos aquellos que podrían parecer enemigos para el capital médico por los gastos que sus enfermedades producían (171). Estos pacientes se denominan enemigos porque su productividad es casi nula, se les mantiene con vida a pesar de que sus enfermedades no les permiten ser sujetos totalmente activos, por lo que no son útiles al sistema y además generan costos elevados. La enfermera explica que estos gastos eran cubiertos por los ingresos extra que el área de trasplantes entregaba al hospital, y culpa a la “terrorista” (que no sabe que tiene frente a ella) de haber tenido que condenar a tantos enfermos a, prácticamente, una acelerada muerte. Esta revelación de la enfermera en su monólogo podría dejar mal parada a Zoila, pues no parecía ser ese el objetivo inicial de su venganza y, por lo tanto, llevó a consecuencias fatales a una gran cantidad de enfermos. Sin embargo, desde la lectura que estamos haciendo acerca del funcionamiento del sistema médico, vemos cómo se despliega aquí otra crítica: se resalta el poco enfoque en las personas y, en cambio, la gran relevancia que se le da al capital económico que éstas implican. Durante el discurso de la enfermera podemos observar que ella continuamente habla del cuerpo como algo que se debe optimizar, en cambio poco se refiere a los pacientes y sus voluntades. El cuerpo vivo y productivo recibe, siempre, para poder optimizarse al máximo, mientras que los cadáveres recientes o los cuerpos nacidos para ser material médico, se convierten en repuestos de los primeros, tratados ya al nivel de cuerpos-máquina y no ya de individuos pensantes o con una voluntad en torno a su vida y muerte.

3.3. La escritura como espacio de resistencia: escribir la enfermedad

Hemos revisado cómo las dos hermanas encuentran su propia manera de resistencia e incluso de directo ataque hacia el sistema y las instituciones que pretenden regular los cuerpos y la vida en general. Sin embargo, otra forma de activa resistencia es la que engloba estos relatos de subversión: escribir la enfermedad, escribir sobre mujeres, escribir una historia fragmentada y crítica acerca de cómo se le exige productividad al cuerpo a través de distintas instituciones que regulan la vida. Lina Meruane ha logrado un relato que expresa su resistencia desde diferentes ejes, por un lado, el contenido y las historias de venganza de las dos hermanas; por otro lado, una escritura que experimenta con las estrategias e instancias narrativas, que se resiste a los métodos más canónicos de escritura y que se compromete con un relato altamente metafórico.

En su reseña a *Fruta podrida*, Ana Prieto Nadal pone énfasis en la figura metafórica de la fruta llamándola “el símbolo de la producción capitalista”. En primer lugar, se instala como símbolo por su importancia en el sistema económico chileno, lo que se demuestra en las consecuencias del ataque de María. La producción frutícola en Chile es una industria levantada sobre la explotación, ya que la recolección estacional propicia trabajos temporales con pocos compromisos de parte del empleador (al menos en el tiempo representado en la obra no se manifiesta una regulación al respecto). A pesar de estas condiciones laborales, Chile se presenta como uno de los mayores exportadores de fruta en el mundo, y es por esto por lo que Prieto Nadal llama a la producción de la fruta “la cúspide de los factores que propiciaron el mito del milagro económico chileno durante la dictadura de Pinochet”. La venganza de María se posicionaría en este primer eje simbólico de la fruta, representando una fuerte crítica al funcionamiento explotador del sistema capitalista neoliberal. Por otro lado, la denuncia de Zoila no se aleja tanto de la de su hermana, pero explota la metáfora de la fruta espejeándola con el sistema hospitalario y la industria de los cuerpos.

Aunque no se había hablado de metáfora, estas dimensiones ya habían sido exploradas a lo largo de este capítulo, por lo que en este punto nos interesa tratar la metáfora de la fruta podrida a través de la escritura, o sea, a través de Zoila. La joven diabética tiende a autoidentificarse con la fruta en pudrición, entiende su enfermedad como esa peste contra la

que su hermana no podrá luchar, y siente el avance de la enfermedad como la descomposición que no puede detener. Todo esto lo demuestra no sólo a través de su narración (cuando en el segundo capítulo se convierte en la narradora de la novela), sino que también lo hace a través de su “cuaderno de descomposición”, una libreta en la que guarda mapas, recortes y poemas. Estos últimos se presentan a lo largo del texto, separando algunos episodios desde el inicio al final de los capítulos “Moscas de la fruta” y “Fruta de exportación”.

Zoila se identifica con la fruta podrida y, por lo tanto, su escritura se enlaza en este juego de la descomposición, tal como señala en uno de sus poemas: “Esta espera saturada/ de consonantes y síntomas y/ notas conjeturales y pistas/ falsas o verdaderas;/ esta espera con su **S intercalada**/ entre sustantivos/ esa ese/ **descomponiendo mi cuaderno**/ entre mis dedos/ **manchando la superficie cuadrículada/ de mi cuerpo**” (59)¹⁰. En estos versos podemos ver cómo se le atribuye a la “S intercalada” las características de la peste o la enfermedad, que descompone y mancha. Esta letra resulta especialmente simbólica ya que es la que cambia el nombre del cuaderno de Zoila, modificando totalmente su intención y contenido: como paciente por diabetes, se ve obligada a seguir un tratamiento sobre el que debe llevar una especie de diario, un “cuaderno de composición” que pueda ser revisado por el médico en el control y en el que debe ir anotando sagradamente lo que consume “cada dos o tres horas, el cálculo de porciones, la dosis por porción, los colores desplegados por las tiras reactivas en la orina” (42). Contraria a seguir esas instrucciones médicas, ya que señala tener “una energía infinita para la resistencia y la desidia” (69), Zoila decide crear su propio “cuaderno de descomposición”¹¹ en el que anota poemas, a modo de pensamientos y reflexiones sobre su propia vida y cuerpo, además de algunas anotaciones acerca de la hermana y el entorno, todas cargadas de metáforas y simbolismos. Este cuaderno funciona como una bitácora sobre su enfermedad y, a diferencia del solicitado por el médico, está más enfocado en los procesos de la “descomposición” que en las dosis del tratamiento para su recomposición.

¹⁰ El resaltado es mío.

¹¹ La S intercalada está en mayúsculas en el texto.

La “S intercalada” que descompone el cuaderno sería la enfermedad, extendiéndose cual peste sobre su propia narrativa. Zoila es absolutamente consciente de cómo la enfermedad no es algo que quisiera extirpar, sino una parte de su existencia que la caracteriza y es por esto por lo que la acepta y se identifica con la fruta en descomposición. Para Cecilia Sánchez, esta novela “encuentra en la enfermedad la posibilidad de elaborar nuevos saberes y usos de los cuerpos” (175), pero cabe destacar cómo particularmente el personaje de Zoila encuentra a través de la poesía una forma de expresar estos nuevos saberes en torno al cuerpo. La enfermedad abre una conexión con la muerte, pero también con otros modos de vida que se encuentran en los márgenes, que son aislados de la comunidad productiva ante el miedo de su contagio, que no es sólo viral y patológico, sino que tiene que ver con el contagio de una forma distinta de ver la vida. Ya que el sistema le ha marginado, Zoila se encuentra en un lugar desde el que puede analizar más críticamente el entorno además de estudiarse a sí misma, lo que la convierte en la fruta podrida en comparación con todos los otros personajes que se encuentran altamente “sometidos a un sistema que los define, los restaura, los preserva para ser sustituidos por otros, procesados en serie” (Zamorano 32).

Otro eje relevante de este poema es cómo, a través de los últimos dos versos, enfermedad y escritura parecen ser igualados: la S/enfermedad, “manchando la superficie cuadriculada” del cuaderno/cuerpo. La escritura también sería como una enfermedad en avance, resistente a los tratamientos e imposiciones, descomponiendo la narrativa en versos. Aquí la enferma subvierte el rol pasivo del paciente al enfrentarse directamente en contra de la institución médica y el sistema hospitalario, y es la misma Zoila quien se apropia de las metáforas de la descomposición y de la fruta podrida para crear su propio lenguaje en torno a la enfermedad a través de la poesía.

El estudio de Susan Sontag de 1978 señalaba que las metáforas en torno a la enfermedad estaban cargadas de valores negativos, ya fuera por palabras que giraban en torno al lenguaje bélico o por relacionarla a la cercanía con la muerte u otros procesos indeseados, como podría serlo la descomposición. Estas metáforas se creaban en una sociedad que rechazaba la enfermedad y marginaba a los enfermos, es por eso por lo que Meruane señala en su ensayo *Viajes Virales* que lo que faltaría agregar al estudio de Sontag, es el rol activo que los enfermos pueden tomar, creando sus propias metáforas o apropiándose de las ya

creadas (36). Esta respuesta de Meruane es totalmente coherente con la apropiación que hace Zoila del lenguaje de la fruta y su descomposición, generando metáforas que se mantienen hasta el final de la novela.

Pero no se trata de que solamente Zoila como personaje haga esta apropiación de metáforas, sino que la misma Meruane se permite una escritura descompuesta que explora diferentes formas narrativas, que juega con el cambio de narradoras en su multiplicidad de voces, que se fragmenta en tiempos y espacios no explícitos y que, por lo tanto, tensiona en muchos momentos los cánones literarios. No atenerse a las normas se presenta como una forma de descomposición en una sociedad que exige productividad y minimiza las miradas críticas y creativas. Estas activas resistencias literarias en las novelas de Meruane serán clasificadas como “narrativas del desarme” por Nerea Oreja, una escritura desde lo que está fuera de lo oficial (Oreja 100), en este caso, desde la enfermedad fuera del diagnóstico de la patología y del discurso médico.

Las diferentes estrategias del desarme utilizadas por Meruane se presentarán a lo largo de la novela asignándose distintos significados. La incorporación de poemas a través del “cuaderno de descomposición” de Zoila permite el adentrarse en los pensamientos y sensaciones de la enferma, paralelamente (ya que se encuentran intercalados en la novela) a encontrarse con la propia narración de Zoila en primera persona. El juego con las voces narrativas también resulta interesante y funciona como estrategia del desarme al presentar una multiplicidad de voces y formas narrativas: el primer capítulo abre la novela con un narrador extradiegético omnisciente que se centra especialmente en María, incluso fundiendo algunos de sus pensamientos con la narración en un estilo indirecto libre, lo que nos permitiría conocer sus reflexiones pero no seguir desde su perspectiva los hechos; el segundo capítulo, en cambio, presenta la narración en primera persona de Zoila y es donde comienzan a intercalarse los poemas, de manera que podemos internarnos en las reflexiones de la protagonista; el tercer capítulo continúa con los poemas intercalados pero cambia a una voz en segunda persona que se dirige particularmente a Zoila, podría tratarse incluso de una profundización en el mismo personaje de manera que esta voz sea ella misma con sus pensamientos internos; y, por último, el capítulo final es el monólogo interno de la enfermera, que en su infinito discurrir (ya que el presentado abre y cierra con puntos

suspensivos, lo que nos demuestra que sólo podemos acceder a ese fragmento de algo mucho más extenso) da acceso a todos los pensamientos que van pasando por su cabeza, de una manera que roza el fluir de la conciencia.

Meruane da voz a tres protagonistas mujeres, todas ellas presionadas por distintas estructuras de poder y su regularización a través de instituciones: María, profundamente sometida al sistema de productividad, entregando su tiempo y su cuerpo a trabajos explotadores; Zoila, viendo minimizada por los otros su capacidad de decisión sobre el cuerpo sólo por su diabetes y el avance de la enfermedad, presionada a entregar su cuerpo a la institución médica para optimizarlo en favor de hacerla “más funcional” a la vida capitalista; y, por último, una enfermera que tiene prohibido enfermarse o corre el riesgo de perder su sueldo, que debe preocuparse de múltiples labores al interior del hospital y que, a pesar de todos sus conocimientos, su palabra siempre será minimizada ante los médicos. No es sólo un relato sobre cómo se ejerce la presión sobre la vida y cuerpos de estas mujeres, sino también es la historia de sus venganzas, de la manera en que las dos primeras protagonistas son capaces de enfrentarse a algo que parecía más grande que ellas, capaces de subvertir el significado que las instituciones han querido poner a sus cuerpos.

La resistencia de estas mujeres trasciende sus actos y “mancha” la escritura, convierte la narrativa en la enfermedad y la resistencia a través del lenguaje, sus historias nos hablan de la posibilidad de enfrentarse de manera crítica a las imposiciones sociales, incluso a aquellas que la medicina intenta imponer como “salud” o “bienestar”, ya que estas funcionan en favor de poderes que no necesariamente tienen relación con una mejora en la vida de cada individuo y, en cambio, anulan las voluntades a través de discursos higienistas validados socialmente y que funcionan en pos de cumplir las necesidades de productividad que requiere el sistema capitalista para su mantención. *Fruta podrida* da cuenta de cómo el uso y abuso de los cuerpos se esconde tras el discurso institucional de la medicina, tras las jerarquías impuestas por las normas de la institución social y tras las presiones que la institución familiar acaba ejerciendo, desde un lugar mucho más íntimo.

4. *Sistema nervioso*: el colapso de sistemas a través del cuerpo y la escritura

“Probablemente siempre estemos enfermos y no lo sepamos. Y aunque de niña pensaba que la habían asustado con todas esas historias de lo que podía padecer un cuerpo, sólo después ha comprendido que estas historias eran sólo un resumen. Porque lo raro es vivir”

(Meruane, *Sistema* 250)

Como ya hemos revisado, Lina Meruane posee un historial literario que se encuentra varias veces con el cuerpo y la enfermedad, un tema recurrente que la ha llevado hasta *Sistema nervioso*, su última novela, publicada a fines del 2018. Aquí, Meruane explora algo que apenas se insinuaba en las tramas de sus anteriores novelas, y es que, a pesar de compartir algunas no tan casuales coincidencias (sobre todo con *Sangre en el ojo* del 2012) en las estructuras familiares o en las ciudades y espacios habitados por las protagonistas¹², el historial médico familiar no había aparecido antes como un punto relevante en la trama. Su uso aquí no es menor y aunque no es el centro de la historia, es lo que nos va moviendo por distintos tiempos de la vida de la protagonista y su familia, a la vez que nos explica cómo la medicina y la enfermedad han tocado de distintas maneras a cada miembro familiar, teniendo todos una experiencia e idea distinta, incluso en un grupo conformado por padres médicos.

La novela comienza con la crisis de una estudiante de doctorado, tan presionada por cumplir con las expectativas que ella y su familia han puesto sobre sus logros, que desea enfermar para no enfrentarse a todas las responsabilidades paralelas que la alejan de su meta. La enfermedad, muy lejos de permitirle continuar con la tesis doctoral como ella deseaba, la arrastra en la búsqueda de un diagnóstico esquivo, lo que a su vez la lleva a entrecortadas reflexiones en torno a la institución médica, su propia experiencia personal y familiar con la enfermedad y, como ya hemos mencionado, la revisión de un historial médico familiar que ha marcado su vida sin apenas notarlo hasta entonces. En medio de una

¹² Algunas coincidencias recurrentes en las obras de Meruane se cruzan con su propia vida personal, de ahí que sea común que nos encontremos con familias de médicos y que los espacios habitados oscilen entre Chile y Estados Unidos, ya que incluso cuando no se explicitan los sitios es posible deducir que son estos por la manera en que están descritos, y además coinciden con el país de nacimiento de la autora y el de su actual residencia.

familia profundamente dedicada al estudio de la medicina y el cuerpo, la protagonista ha decidido dedicar su tiempo a profundizar en el cosmos y las ciencias planetarias, y es desde esta distancia que, sin embargo, juega con constantes metáforas en torno a los sistemas y su funcionamiento: desde el cosmos a la sociedad, desde el cuerpo a la gramática, todos los sistemas tienen formas de orden y funcionamiento particulares y, sin embargo, todos son propensos al colapso, como podemos ir intuyendo a lo largo de la obra.

En medio de los vaivenes temporales que la novela propone, otros aspectos van tomando relevancia y permiten ser analizados desde la postura crítica a las instituciones: el colapso se vuelve inminente cuando el sistema comienza a girar en torno a la violencia y la presión. La institución médica y sus excesos de tecnología promueven que los humanos (médicos y pacientes) funcionen como máquinas, para esto han enfocado el tratamiento del cuerpo de una manera poco cercana a los pacientes, olvidando muchas veces lo invasivos que pueden resultar algunos procedimientos. El trabajo, la familia y las instituciones educativas también pueden ser focos de violencia a través de sus presiones y exigencias, volviéndose incluso algunos de los factores que provocan el colapso a nivel físico y mental en el cuerpo humano, propiciando la somatización del estrés y llevando a múltiples consecuencias para la salud.

A través de una narración fragmentada y llena de saltos temporales, Meruane nos presenta una novela en la que el colapso se concatena porque, tal como señalan las palabras del físico Richard Feynman en el epígrafe a la obra, “un sistema no tiene una sola historia, sino todas las historias posibles” (en Meruane, *Sistema* 11) y, en este caso, los fallos del sistema nervioso de la protagonista nos arrastran hacia otras múltiples historias de colapso, todas entrelazadas en una novela que, en sí misma, es un sistema de conexiones lingüísticas que también presenta pequeños “fallos” en forma de palabras inconexas en medio de la narración. El protagonismo de la obra ni siquiera se le puede atribuir a una mujer con nombre y apellido, ya que Ella (la protagonista) siempre es mencionada bajo este pronombre y nunca bajo un nombre propio, de manera que el resto de los personajes también son mencionados bajo pronombres o sus relaciones de parentesco: Él (el novio), Padre, Madre y los hermanos Mellizo, Melliza y Primogénito. Esta ausencia de nombres

propios permite pensar que también esta historia es muchas otras historias posibles, y no sólo una.

Las diferentes historias al interior de la novela se presentan como pequeñas manifestaciones de resistencia ante un sistema social y económico que rige la mayor parte de nuestras vidas a través de diversas instituciones, incluso de aquellas que aseguran velar por nuestra salud física y mental. La posibilidad del colapso o de su inminencia son maneras de demostrar que la rigidez de un sistema no asegura su estabilidad en ningún momento, algo muy contrario a lo que solemos escuchar desde los grandes poderes, todos aquellos que prometen una eternización de la humanidad y constante progreso a través de mejoras médicas, de avances tecnológicos, de la optimización humana y de los recursos naturales, de reemplazo mecánico para todo aquello que haga falta en favor de la productividad humana y del sistema.

4.1.El enfermizo deseo de enfermar

Preocupados siempre por la salud, no acostumbramos a ver que la enfermedad pueda volverse un deseo, ya que normalmente su presencia implica bajas en nuestra productividad personal, obligado reposo, tratamientos poco agradables o visitas al médico que pueden resultar cansadoras y costosas. El deseo de enfermedad de Ella, la protagonista, se le aparece como el último salvavidas para conseguir tiempo extra (a través de una licencia médica) y lograr terminar de escribir la tesis doctoral que tanto tiempo ha postergado. Las exigencias de sus múltiples trabajos como profesora de física y ciencias planetarias no logran compatibilizarse con los tiempos que debería dedicar al estudio y escritura, sin embargo, ha acabado con el dinero que el Padre le habría entregado para su mantenimiento durante los estudios y se ve obligada a continuar trabajando. Por más que Él, su novio, le ha advertido que sea cuidadosa con sus deseos, Ella se empeña en que una enfermedad de determinadas características sería lo único que podría salvarla.

La necesidad por la productividad es algo que sí logramos entender, ya que estamos inmersos en un sistema económico y social que nos obliga a mantenernos constantemente entregando más y más de nosotros mismos. Esta obligación, sin embargo, no es una

imposición que se haya puesto en boca de algún poder, si bien algunas familias podrían presionar a sus integrantes, es poco común y poco “ético” que las instituciones actuales exijan explícitamente la total entrega al sistema de productividad. Que no sea explícito no quiere decir que no suceda, y es que, como señala Byung-Chul Han en *Psicopolítica*, los poderes se han encargado de poner sobre nosotros el peso de la optimización personal, llegando hasta el punto en el que “el yo lucha consigo mismo como con un enemigo” (49) del que debe señalar y eliminar todos sus aspectos negativos. La obsesión por la optimización personal puede no tener límites marcados, sobre todo si se vive en un mundo que bombardea con la idea de que mientras más se entregue uno mismo por sus objetivos, más exitoso logrará ser al final. Las metas del éxito parecen estar puestas sobre decisiones personales, sin embargo, es bien sabido que se ejerce presión desde distintos lados para cumplir con algunas cosas que permitan sostenerse a un “buen nivel” en la escala social actual.

La protagonista de *Sistema nervioso* hace caso omiso de las palabras de su pareja cuando este le recuerda que no necesita el título doctoral para continuar con su trabajo actual, no obstante, ella se empeña en conseguirlo porque ha construido una red de mentiras en torno a su situación: mientras que a Él le ha ocultado que el dinero lo conseguía de su padre y no de una beca universitaria, al Padre le ha dicho que ya había logrado terminar y estaba titulada como doctora. Ambas mentiras le obligan a continuar con la escritura de la tesis sin permitirle sincerarse con sus seres queridos, probablemente porque el miedo a aceptar el fracaso es mayor. La enfermedad, entonces, se vuelve deseable por sobre el fracaso, y es que, como señala Byung-Chul Han, “se tolera únicamente aquel dolor que se pueda explotar en pos de la optimización” (50), lo que convertiría a la enfermedad en un mecanismo para optimizar su tiempo y lograr la meta de escribir la tesis doctoral.

En la novela, la institución médica se muestra como uno de los grandes poderes que actúan en las decisiones sobre el cuerpo. Por un lado, por todo el control que se hace sobre los cuerpos a través de la medicina, teniendo la última palabra en cuanto a diagnósticos y tratamientos a seguir; y, por otro lado, por la validación que la protagonista nos deja intuir que se le entrega a la institución, en tanto es la única que pueda entregarle una razón lo suficientemente legítima y aceptada para pausar sus obligaciones en el trabajo. Resulta

difícil imaginar que a alguien (que no sea médico o tenga los estudios suficientes para tener cierta autoridad al respecto) se le pueda ocurrir contradecir un diagnóstico o un tratamiento señalado por un profesional, sobre todo si se trata de enfermedades que afecten físicamente el cuerpo. En cuanto a las de causas psicológicas, se suele hacer un menoscabo de su gravedad, ya que atentan precisamente contra los principios de la optimización personal, a pesar de que muchas veces puedan ser consecuencia de lo mismo a causa del estrés que esto pueda provocar.

Es el mismo Padre, médico, quien señala que “sólo después de descartar todas las causas físicas se podía aventurar con una causa psíquica” (*Sistema* 68), relegando lo psíquico a un plano de menos importancia en vez de sugerir, por ejemplo, un diagnóstico que funcione con ambas posibilidades en paralelo. La búsqueda del diagnóstico médico se vuelve un espiral sin fin para la protagonista, ya que los dolores aumentan o evolucionan y los diferentes procedimientos de análisis comienzan a mostrar cada vez más pistas que no llevan hacia ninguna respuesta específica.

En su constante indagación en el historial médico familiar de un grupo obsesionado con la salud y la medicina, Ella recuerda el cáncer mamario de la Madre¹³ y los efectos que sobre ella tuvo la radioterapia, lo que la lleva a una reflexión en torno a la importancia que se le da al cuidado del cuerpo versus el “cuidado del alma”:

“Los abrasadores rayos de la radioterapia le estaban llenando la boca de llagas y calcinándole la piel. No hacía tanto que habían dejado de carbonizar a las pecadoras en la hoguera para salvarles el alma cuando empezaron a aplicarles radioterapia para salvarles el cuerpo. **La pira radioactiva las seguía quemando vivas** o les suministraba una muerte lenta que sólo se hacía evidente décadas después” (*Sistema* 170)¹⁴

Mientras que antes se daba mayor importancia a la salvación del alma y se sacrificaba para ello el cuerpo de las brujas y pecadoras, la sociedad actual se encargaría de salvar el cuerpo a toda costa, de optimizarlo a través de los avances de la medicina a pesar de que puedan conllevar sufrimientos a corto y largo plazo. En este fragmento de su reflexión, Ella

¹³ Así se nomina a la Madre que la adoptó y educó tras la muerte de su madre biológica, por lo tanto, es importante recordar que las enfermedades de la Madre no tendrían un efecto hereditario sobre Ella, a pesar de que muchas veces lo reflexiona como posibilidad.

¹⁴ El destacado en negritas es mío.

asemeja las pecadoras a las enfermas, y es que, en la actualidad, el mayor pecado es no ser un individuo sano, productivo y procreador. La manera de librarles del pecado sería someterlas a la radioterapia, la hoguera de la actualidad, como la última instancia para “salvar el cuerpo” quemándolas vivas. Entonces, ¿nuestra sociedad actual considera más importante la salvación del cuerpo, físicamente hablando?

Como podemos ir observando a lo largo de *Sistema nervioso*, la respuesta a esa pregunta sería un rotundo sí. La espiritualidad queda en un segundo plano, pero también la preocupación por la salud mental parece irse relegando, ya que el sistema requiere de cuerpos capaces de hacer el trabajo y cuya conciencia sólo es útil en tanto está manipulada para la autoexplotación y no para la reflexión interna acerca de los deseos personales. Así mismo, cuando la protagonista enferma, todos se encargan de buscar una explicación física a sus males, y es su novio, siempre reticente a las intervenciones médicas y medicinales, quien advierte la posibilidad de que el “cortocircuito” en su sistema sea a causa de las presiones que Ella misma ha puesto sobre su trabajo y su tesis doctoral. No obstante, cabe recordar que estas presiones no son sólo personales, ya que tienen que ver con una serie de elementos externos que confluyen en un ambiente exigente y sumamente exitista.

4.2. Formas de violencia en la presión por el éxito y la obsesión por la salud

La vida actual contiene una serie de presiones en torno a cómo debería llevarse a cabo que abarcan todos los planos del día a día y de la planificación a futuro: las relaciones familiares y el cumplimiento de expectativas, las relaciones de pareja, el compromiso con los estudios y la búsqueda por ascender en ellos y en el trabajo, el mantenimiento de una vida sana alejada de la enfermedad y del estrés, entre muchas otras exigencias. Para la protagonista de *Sistema nervioso*, la familia es un foco de presión en tanto ponen sobre ella grandes expectativas, sobre todo el Padre.

Cabe destacar que algunas de estas “presiones” parecen ser motivadas por ella misma, ya que, si bien siente que le debe a su padre la finalización de sus estudios de doctorado, no se nos señala en ningún momento que él u otro integrante de la familia la fuerce explícitamente a hacerlo. Ella misma se ha puesto esa meta, pero lo que parece motivarla en

realidad es la idea de “malgasto” del dinero de su Padre, quien cedió sus ahorros para el doctorado luego de prometerle a su difunta esposa que ayudaría a su hija a acabar sus estudios. Ella, en vez de sentirlo solamente como una deuda económica para con su padre, siente la obligación moral de acabar la tesis y convertirse en doctora en ciencias planetarias extraterrestres, algo que ni siquiera es del gusto del Padre, quien hubiese deseado que se especializara en medicina como él, sobre todo considerando que ella ya había adquirido mucho interés y conocimientos en el tema a lo largo de su vida.

El Padre es presentado como una figura con gran autoridad, tanto en el núcleo familiar como en el académico donde ejerce como profesor. En la familia es quien une sanguíneamente al clan conformado por él, la Madre (su actual esposa), los dos hijos que tuvo con ella (Mellizo y Melliza) y los dos hijos que tuvo junto a su primera esposa (Primogénito y Ella). Por otro lado, como profesor, se nos revela que es especialmente exigente con sus alumnos, llegando incluso a humillar a aquellos que cometieran errores durante su formación como médicos. Su propia hija “estaba convencida de que haber sido hija de su Padre era mejor que haber sido su alumna, por más que Ella hubiera sido su mejor alumna” (*Sistema* 258) ya que, el Padre, aunque exigente también con sus hijos, se llegaba a mostrar comprensivo y cariñoso por momentos, algo muy distante de la actitud que mantenía frente a los alumnos. Incluso habitando en el “país del pasado”¹⁵, un país que aún no está al nivel de todos los avances tecnológicos del “país del presente” en el que vive Ella, la protagonista se asegura de consultar con su Padre ante los distintos diagnósticos que le dan los médicos y, a pesar de desobedecer muchos de los consejos de su Padre, Ella no deja de considerar su palabra como la más válida y confiable, exigiendo a los médicos del “país del presente” realizar múltiples análisis y procedimientos que confirmen los diagnósticos que, sólo a través del teléfono, el Padre se atreve a refutar. De manera similar a lo que podíamos observar en *Fruta Podrida*, la figura paterna se presenta como una autoridad en el núcleo familiar, y por lo tanto la Madre, aunque tiene los mismos estudios en medicina que el Padre, es bastante más reservada en cuanto a los comentarios sobre la salud de la hija y sólo toma protagonismo como profesional, y ya no como madre, cuando se encarga de supervisar el tratamiento del Padre enfermo.

¹⁵ La narración diferencia dos locaciones: por una parte, el “país del pasado” que se logra deducir como Chile y, por otra parte, el “país del presente”, cuya descripción nos permite pensar en Estados Unidos.

Después de todo el viaje por el historial médico familiar y por la búsqueda de un diagnóstico que nunca es aclarado por los médicos, es la enfermedad de este Padre la que lleva a la hija a una mayor reflexión en torno a la violencia médica. En una hospitalización y operación anterior el Padre habría sufrido problemas tras una negligencia médica en la que la sutura había quedado mal hecha, por lo que en esta segunda operación la Madre entra junto al equipo para asegurarse de que lo dejen en un buen estado. Otras negligencias médicas y diagnósticos errados son señalados en la novela como hechos aislados de menor importancia, la mayoría en el pasado o como parte de la búsqueda de diagnóstico de la protagonista. Parece relevante cómo esta forma de mencionarlos da cuenta de la normalización que hay respecto a estos hechos, ya que el único que parece rechazar completamente estos errores en otros médicos y señalarlos es el Padre, de quién, sin embargo, se nos ha dicho que “no mencionaba nunca sus propios fallos ni las muertes acumuladas en los pliegues de su cerebro” (*Sistema* 257), lo que nos da a entender que tampoco es tan transparente respecto a sus errores como profesional de la salud.

Por otro lado, el Padre como profesor, tratando a sus alumnos como si fueran máquinas que deben funcionar a la perfección también es un tipo de violencia, pero especialmente agresiva cuando son estos alumnos y muchos otros médicos en general, los que luego ven el cuerpo humano como una máquina que debe ser mejorada y no una persona cuya salud hay que cuidar. Se explica que el Padre sea particularmente agresivo con los fallos de sus alumnos cuando aclara que los conocimientos que él tenía acerca de la medicina ya comienzan a quedar obsoletos, pues “ahora la única certeza es la que producen las máquinas” (*Sistema* 252) y como profesionales de la salud no pueden quedarse atrás en esos avances de la medicina. Anne Marie Moulin señala que la presión sobre los médicos está en los avances de la tecnología, pero también se debe a un cambio en las maneras de entender la enfermedad, ya que, en vez de ser un hecho aislado a tratar, en la actualidad los médicos deben preocuparse de detectar posibles afecciones en el momento y de pronosticar a futuro (Moulin 33), procurando así el perfecto funcionamiento del cuerpo humano, al menos en sus habilidades básicas para ser productivo.

Durante el tiempo que el Padre pasa en el hospital, se nos plantea otro punto que enlaza a la institución médica con mecanismos de violencia, ya que se nos recuerda que ciertos

profesionales de la salud y sus instituciones estuvieron al servicio de los militares, seguramente en referencia a los tiempos de dictadura en Chile. Mientras el Padre está allí, Ella reflexiona acerca de los torturados que probablemente hubo en aquellas salas de hospitalización¹⁶ que, en ese momento, seguían siendo visitadas y custodiadas por soldados jóvenes. Esta pequeña mención a los centros de salud como centros de tortura nos recalca, por un lado, que la medicina puede igualmente estar al servicio de la violencia y, por otro lado, que la institución médica se rige por el poder y en favor de estructuras dominantes. Si bien estas son prácticas que no son atribuibles a todas las instituciones de salud ni a todos sus profesionales, lo que en la novela se recuerda es que la medicina no necesariamente es contraria a la violencia y que, de hecho, puede incurrir en estas prácticas con facilidad, desde hechos aislados y considerados menores hasta grandes negligencias e incluso torturas.

4.3. La escritura enferma como espacio de denuncia

Como ya habíamos mencionado, *Sistema nervioso* es una novela que nos lleva a reflexionar acerca de la inminencia del colapso y la muerte, de las pocas o nulas garantías que un sistema puede tener acerca de su eternidad y perfecto funcionamiento. Ni el cuerpo aguanta todas las imposiciones que intentan ponerse sobre él, ni las instituciones que lo hacen están realmente libres de ser cuestionadas por mucho que, de alguna manera, representen el poder. Meruane logra plasmar estas reflexiones en su propia escritura, componiendo una novela con vaivenes temporales, fragmentada, y cuya narración se interrumpe frecuentemente con pequeños grupos de palabras aparentemente inconexas. Si bien es común encontrar cierta experimentación en otros escritos de la autora¹⁷, hay que destacar que estas particularidades pueden ayudarnos a profundizar y conectar mucho más con una obra que logra resistir desde la escritura misma, tensionar el canon literario y sus normas a

¹⁶ Presumiblemente se trata del ex Hospital Militar de Santiago, ya que se ha confirmado como centro de detención y tortura durante los años de dictadura en Chile.

¹⁷ Algunos ejemplos ya se mencionaron en el capítulo acerca de *Fruta podrida*, pero otros ejemplos pueden encontrarse en algunos de sus cuentos y en su novela *Sangre en el ojo*, compuesta de intercalados capítulos encerrados de principio a fin entre paréntesis, de fragmentos de monólogos interiores que pueden abarcar páginas sin separarse en párrafos distintos, de grandes saltos temporales, entre otras particularidades.

la vez que se permite cuestionar las formas de poder que se van ejerciendo sobre los cuerpos.

Nerea Oreja afirma, acerca de la novela *Sangre en el ojo* de la misma autora, que “La enfermedad, en su sentido etimológico, nos remite al sujeto no firme, del latín *infirmus*. Esta falta de firmeza, de unidad, de totalidad, puede entenderse en el caso de *Sangre en el ojo* como un mal que atañe no solo a los cuerpos, sino también (...) a la escritura” (106). Esta afirmación parece acertada para cualquiera de las tres novelas relacionadas con la enfermedad que la autora ha publicado hasta el momento¹⁸, ya que cada una de las protagonistas enfermas lleva consigo una narración “no firme”, fragmentada y descompuesta. En el caso de *Sistema nervioso*, la novela está enteramente guiada por un narrador omnisciente que introduce diálogos y pensamientos de los personajes (principalmente los de Ella) a través de un estilo indirecto libre.

En medio de la narración nos encontramos con grupos de palabras que no siguen la estructura de las oraciones que las contienen ni las reglas gramaticales, son pequeños grupos enumerando (en cursiva y sin comas) tres o cuatro conceptos o ideas cortas que muchas veces guardan conexión con el tema que se está tratando, aunque no parezca claro que la tengan entre sí, o bien se conectan entre ellas como un hilo de ideas. Estos grupos de palabras interrumpen la narración, pero no suelen escapar demasiado al sentido de esta, como si por una pequeña fracción de la escritura se diera paso al fluir de la conciencia de la protagonista o como si la escritura sufriera de la misma enfermedad de diagnóstico huidizo que Ella, una enfermedad dando golpes eléctricos en el sistema nervioso de la escritura.

En efecto, a lo largo de la novela algunas descripciones de las enfermedades en sí mismas aparecen cruzadas por estos pequeños grupos de palabras, como sucede cuando se describe la enfermedad de la Abuela que comenzó con adormecimientos en un dedo del pie y que “una mañana ya no fue el dedo sino *pie muslo habla puntada sin hilo*; horas después había perdido el conocimiento” (*Sistema* 47)¹⁹. Se comienza con una enumeración de zonas adormecidas, incluyendo el habla en las mismas, sin embargo, “*puntada sin hilo*” entra en

¹⁸ *Sangre en el ojo* (2012), *Fruta podrida* (2015) y *Sistema nervioso* (2018).

¹⁹ Las cursivas corresponden al texto y se utilizan a lo largo de toda la obra para destacar la aparición de estos grupos de palabras.

otro orden, no es parte del conjunto de zonas del cuerpo, a pesar de que sí completa la idea, ya que podría tratarse de una metáfora sobre la pérdida de cordura o de conciencia, en tanto la expresión refiere a algo sin sentido o equívoco. Otro momento en el que esta “escritura enferma” se utiliza para hablar de la enfermedad es cuando Ella cuenta a sus alumnos acerca de “la masa blanca hallada en su médula que le manda ocasionales *latigazos anguilas eléctricas*” (*Sistema* 63). Aquí nuevamente la secuencia nos permite seguir una estructura lógica de características especialmente sensoriales en la descripción, en tanto *latigazos* y *anguilas eléctricas* son formas de representar los golpes eléctricos sufridos por Ella.

El uso del lenguaje es particularmente relevante en la vida de la protagonista, pero sobre todo lo son sus fallos y confusiones, ya que se relata que “Ella lanza veloces disparates verbales con demasiada frecuencia. Se enreda entre dos lenguas, la que escribe y la que habla. Olvida ciertas palabras como si viviera en un constante cortocircuito de neuronas” (*Sistema* 71). Una serie de elementos se cruzan a lo largo de la novela para demostrarnos que la lengua tampoco es un sistema fijo y que, al igual que otros, comienza a colapsar para la protagonista. Ya hemos mencionado las interrupciones de estos grupos de palabras que se presentan como la enfermedad, pero además podemos observar que a lo largo de la novela ocurren diversos momentos de *code-switching*²⁰ que, si bien se dan de manera fluida por el bilingüismo de Ella, son el antecedente para el problema que luego tiene al enviar mensajes a través de su teléfono celular, ya que la configuración está en inglés y, por lo tanto, cuando Ella dicta mensajes en español para su familia, el aparato escribe lo más cercano al inglés fonéticamente: “cuántos días se volvía when does the ass y what does the S. Todo dependía de cómo se lo pronunciara a su aparato” (*Sistema* 136). El lenguaje computacional también se hace parte de la novela y son precisamente los códigos 400, aquellos asociados a errores del cliente, los que la protagonista tiende a usar como comparaciones con sus propios problemas.

No resulta menor que ella reconozca el comienzo de su anomalía en los dedos cuando se describe el avance del adormecimiento “que comienza en el hombro y se extiende por el

²⁰ Se refiere a la alternancia de código en el habla, por ejemplo, cuando Ella y Él alternan entre el inglés y el español en una misma frase o conversación, sin dejar de entenderse pues manejan igualmente bien ambas lenguas. A veces incluso sucede durante las reflexiones internas de la protagonista.

brazo hacia el codo hasta alcanzar el dorso de la mano derecha, **los dedos donde todo comenzó**”²¹ (*Sistema 23*), ya que son lo que la conecta con la escritura y, más precisamente, con la tesis doctoral que la tenía en la incertidumbre por no sentirse con el tiempo de terminarla correctamente. La escritura podría reconocerse como el inicio del colapso de su sistema nervioso, pero es importante destacar que esta escritura está condicionada por muchos otros factores que ejercen presión sobre ella y que son los que finalmente la conflictúan: las expectativas familiares y las grandes exigencias de la institución académica son algunos de los más relevantes, como ya hemos mencionado a lo largo del capítulo.

Finalmente, *Sistema nervioso* se entiende como una obra acerca del colapso, pero desde una perspectiva sumamente crítica que va explicando cómo este fin no sólo es inevitable, sino que se debe a múltiples razones. Particularmente, el colapso de la protagonista proviene de las múltiples presiones que distintas instituciones ejercen sobre su vida desde la academia, la medicina, la comunidad y sus relaciones más personales. En la obra, la escritura y la narración se presentan como estructuras en desarme, fragmentadas y atravesadas por los mismos golpes eléctricos de los que sufre Ella y, de esta manera, replican la idea del colapso a diversos niveles.

²¹ El destacado es mío.

5. Conclusiones

Hasta aquí hemos recorrido dos novelas con protagonistas e historias de vida y enfermedad muy diferentes: por un lado, la resistencia activa de Zoila ante las imposiciones y el contagio de su rebeldía; y, por el otro, la lucha interna de Ella, cuestionándose los saberes de la institución médica y del legado familiar. Sin duda la escritura de Meruane se contagia de la enfermedad misma, se obsesiona con ella y con todo lo que trae consigo. Es por esto mismo que, a pesar de sentir confirmada la Hipótesis que da pie a este informe, queda la sensación de que se trata de obras que abren muchas más puertas en torno a la discusión del cuerpo, la enfermedad y las instituciones. Incluso acerca de la escritura misma, de enfermar la escritura, de contagiarla.

La literatura en torno a la enfermedad es amplia y se dispone desde diferentes perspectivas, sin embargo, la relevancia de Meruane se instala en la actualidad de sus críticas: el peligro de los cuerpos sometidos a la productividad a través de la autoexplotación, y las dinámicas sociales y familiares que lo propician son problemas sumamente vigentes en torno al tema del cuerpo en la sociedad actual. Relevar la enfermedad como un lugar desde el que se pueda alzar la mirada en torno al cuerpo, y no como un mal que deba evitarse a toda costa, es un acto de resistencia ante las imposiciones de una sociedad capitalista que presiona la optimización de los cuerpos en función de la productividad y el mantenimiento del sistema económico.

Nombrar la enfermedad y escribir sobre o desde ella, en vez de sólo patologizar para luego curar, se convierte en estas obras en una forma de experimentar el cuerpo, de hacer de la enfermedad una potencialidad para nuevas sensibilidades, pero también para la aceptación de la muerte y el colapso como experiencias dentro de un ciclo de vida, y no como finales que deben evitarse. Así mismo, asumir estas nuevas sensibilidades se convierte en un gran desafío para las protagonistas, mas no parece casual que se trate de mujeres, precisamente el género que, en la sociedad, es el que con más fuerza debe luchar desde su nacimiento para enfrentarse a las imposiciones que se hacen sobre su cuerpo si considerando, de partida, el concepto de género femenino como una imposición profundamente ligada a la sexualidad y, por ende, a la capacidad reproductiva de la mujer, situación que vemos

tensionada sobre todo en *Fruta podrida* a propósito de las reflexiones en torno a la gestación y las posibilidades del aborto.

Mientras que en *Fruta podrida* se cuestionan explícitamente los males y agresiones de la institución médica, *Sistema nervioso* da paso a una narración que pareciera encriptarlos mucho más, sin embargo, se trata igualmente de una forma crítica de entender cómo quiénes están ligados a esta institución normalizan tanto ciertos hechos de violencia o incluso las deficiencias que el sistema médico pueda tener. De la misma manera, Zoila se presenta como un personaje activo en su resistencia y, por lo mismo, consciente de su escritura como espacio de lucha que va de la mano con las vivencias de su enfermedad, mientras que, por su parte, Ella es mucho más pasiva y se dedica a la observación y reflexión crítica, a la vez que va notando paulatinamente cómo la enfermedad afecta su lenguaje o cómo, en general, el lenguaje también comienza su proceso de colapso. Frente a estas dos posturas resulta interesante el juego de narraciones que ha propuesto la autora, en tanto las protagonistas de *Fruta podrida* son más conscientes y críticas respecto a las presiones sobre su propio cuerpo y, por lo tanto, es más lógico asignarles espacios como narradoras, especialmente a Zoila y a la enfermera a través de su monólogo interior, mientras que a María, que al inicio se posicionaba más como una máquina de producción, le corresponda protagonizar un fragmento de la narración más no ser la voz. Al igual que María, Ella en *Sistema nervioso* tiene voz a través del estilo indirecto libre que el narrador lleva, pero no se deja totalmente en ella el peso de la narración en tanto no podría sostener por sí sola todo el peso crítico de la obra.

Entender la narración como un cuerpo que se expresa a través de su forma, entenderlo como sujeto susceptible a la enfermedad, a los errores y al colapso, permite entender aún mejor la resistencia desde el cuerpo presente en estas obras. Mientras que las protagonistas se enfrentan a las imposiciones sobre sus cuerpos, las novelas de Meruane se enfrentan a la norma, tensionándola.

6. Bibliografía

- Fallas Arias, Teresa. «Fruta podrida: La reivindicación de la vida y de la muerte desde un cuerpo enfermo, desechado.» *Revista Humanidades* (2016): 1-30. web. 19 de junio de 2019. <<https://doi.org/10.15517/h.v6i1.25112>>.
- Han, Byung-Chul. *Psicopolítica*. Barcelona: Editorial Herder, 2014.
- Le Breton, David. *Cuerpo sensible*. Santiago: Metales pesados, 2010.
- Meruane, Lina. *Fruta Podrida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2015.
- . *Sangre en el ojo*. Santiago: Random House Mondadori, 2012.
- . *Sistema Nervioso*. Santiago: Penguin Random House, 2018.
- . *Viajes Virales*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Moulin, Anne Marie. «El cuerpo frente a la medicina.» Courtine, Jean-Jaques. *Historia del cuerpo III. Las mutaciones de la mirada. El siglo XX*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2006. 29-80.
- Oreja, Nerea. «La escritura del desarme como punto de encuentro entre la enfermedad y la memoria en *Sangre en el Ojo*. Una nueva poética.» *Itinerarios* (2018): 97-114.
- Prieto Nadal, Ana. «Fruta Subversiva.» 01 de septiembre de 2016. *Revista de Letras*. Web. 03 de diciembre de 2019.
- Richard, Nelly. *Crítica de la memoria*. Santiago: Ediciones UDP, 2010.
- Rojas Lasch, Carolina. «Afecto y cuidado: pilar de la política social neoliberal.» *Polis* (2018): 127-149.
- . «Sexuación y subjetivación en las prácticas de asistencia en Chile.» *Cadernos de Pesquisa* (2014): 312-333.
- Sanchez Cabrera, María. «Enfermedad, escritura y resistencia en *Sangre en el Ojo*, de Lina Meruane.» Tesis de Máster. Universidad Autónoma de Madrid, 2016. Web. <https://www.academia.edu/36034419/Enfermedad_escritura_y_resistencia_en_Sangre_en_el_ojo_de_Lina_Meruane>.
- Sennett, Richard. *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas; El sida y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus, 1996.

Vivero Marín, Cándida. «Hexis corporal y escritura.» *La ventana. Revista de estudios de género* (2011): 277-301. Web. 25 de junio de 2019. <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362011000100011>.

Zamorano, César. «Capitalismo y producción de subjetividad en *Mano de Obra y Fruta Podrida*.» *Revista Iberoamericana* LXXXII.254 (2016): 27-43.